

EL CAMBIO RELIGIOSO-POLÍTICO EN ESPAÑA

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Muchos años, muchísimos, la palabra cambio fue ajena al léxico de quienes postulaban un orden católico. Eran los enemigos de ese orden, que arrancaba de una Edad Media, idealizada en cierto modo por el romanticismo, quienes pretendían cambiarlo. Y cambio fue la Reforma protestante y la Revolución francesa, el Liberalismo y el Comunismo. Cambio del orden social católico, por muy degradado que ya estuviera, pero que aun así se hacía intolerable a los hijos del pecado, a los hijos de Lucifer.

Porque la verdad es inmóvil y la mentira es cambio. Porque Dios es inmóvil y Satanás es cambio y revolución. Por eso los hijos de la revolución protestante, francesa, liberal o comunista, pudieron llamar con razón inmovilistas a quienes propugnaban, todavía ideológicamente, o con las armas al brazo, el orden social católico que se resistía a morir. Claro está que la palabra inmovilista tenía sentido peyorativo en la boca de los enemigos del orden social católico, frente a la inmovilidad de la muerte, en la que todo acaba para el que no cree, o la del mineral sin ningún síntoma de vida o inteligencia.

Mas, queriendo insultar, en realidad, definían con bastante precisión a los últimos defensores de un orden social católico que luchaba por no sucumbir. Y digo con bastante precisión porque, evidentemente, no era con exactitud. Bien sabían, los que creían en ese orden social católico que, en la realidad de las postimerías del antiguo régimen, era apenas una burda caricatura de ese orden ideal e idealizado por el que tantos lucharon, por el que tantos murieron. Nadie en el cielo querrá cambiar, todos que-

rían cambiar en el infierno. La Iglesia católica no cambia. *Idem sensu eademque sententia*. La herejía cambia a todas horas cada día. Cambiar no es una idea católica, el cambio es revolución. Pero no podemos confundir lo ideal con la realidad. La Iglesia santa de Dios con los hombres pecadores que la integran, la verdad soñada con la realidad vivida. Y ella, la realidad, ha hecho que en verdad los católicos no fueran inmovilistas y siempre estuvieran llamados al cambio interior en una exigencia de ser mejores, en una exigencia de ser mejores, en una exigencia de santidad.

La palabra de Dios no pasará, ni una tilde caerá de la misma, todo el que se extravíe y no permanece en la doctrina de Cristo no tiene a Dios, el que permanece en la doctrina ese tiene al Padre y al Hijo: es palabra de Dios, no cabe cambio alguno. En esa tensión entre el cambio personal en el camino de la santidad y la fidelidad a la palabra de Dios surgió, entre las brumas medievales, un orden social que quería ser de Cristo y vivir según el Evangelio, claro que con flaquezas y pecados, pero también con arrepentimiento y santidad. Ese orden perduró siglos y las leyes fueron católicas, el arte fue católico, los reyes fueron católicos, el pueblo fue católico. Y al lado de las catedrales y de las pinturas de Giotto y de fray Angélico, de San Luis y San Fernando, de los benedictinos, los dominicos, los franciscanos y los jesuitas, de las Cruzadas, de la evangelización de América, de la Reconquista y Lepanto, de Domingo, de Ignacio y Teresa y los Juanes y mil más, estuvo, cómo no, el pecado que acompaña al hombre desde la caída de Adán.

Después, la monarquía absoluta aún diciéndose católica en los reinos meridionales, que los del septentrión habían ya preferido el pecado, vio en la Iglesia de Jesucristo, no su apoyo y su razón de ser, sino un límite a sus pretensiones totalitarias. Y la unión del altar y del trono pasó a ser un sometimiento de aquél a éste, pese al obispo de Cuenca y el de Coimbra y a los belgas sublevados contra el rey Sacristán o el arzobispo Beaumont de París. Se conservaban las apariencias externas y eran siglos de colaboración entre ambas potestades que pesaban en las fidelidades de los pueblos y La Vandée francesa, y el cardenal Rufo y

los napolitanos, y los españoles de la independencia y después los carlistas y los miguelistas de Portugal, quisieron defender el antiguo orden, que aun lo sentían católico, frente a la revolución y el liberalismo.

Aunque también esa defensa pedía cambios, cambios políticos que limitaran los excesos del absolutismo y su injerencia en campos que eran de la exclusiva competencia de la Iglesia. El primer Lamennais y los ultramontanos franceses, los diputados tradicionalistas de las Cortes de Cádiz y los *Persas* con su manifiesto, el Rancio y Vélez y muchos más, apuntaban muy fundadas críticas a un sistema que se agotaba víctima de sus propias contradicciones.

La agonía fue larga y cruenta. Sobre todo en nuestra patria. Tal porque la monarquía española fue la que mantuvo mayor fidelidad a la Iglesia pese a hechos tan lamentables como la expulsión de los jesuitas y el decreto cismático de Urquijo. Y el pueblo católico español salió en defensa de su rey y de su fe en una guerra que fue —son las palabras conocidas de Menéndez Pelayo— como de tribus salvajes lanzadas al campo en las primitivas edades de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de degüello y represalias feroces que duró siete años, que ha levantado la cabeza otras dos veces, y quizá no la postrera, y no ciertamente por interés dinástico o por interés fuerista, ni siquiera por amor muy declarado o fervoroso a éste o aquél sistema político sino por algo más hondo que todo eso, por la instintiva reacción del sentimiento católico brutalmente escarnecido y por la generosa repugnancia a mezclarse en la turba en que se infamaron los degolladores de los frailes y los jueces de los degolladores, los robadores y los incendiarios de las iglesias y los vendedores y compradores de sus bienes.

Esa guerra se perdió y el orden social católico se vino abajo, aunque tenía tanta fuerza en sí mismo y estaba tan arraigado en el corazón del pueblo, que el nuevo régimen tuvo que mantener algunas apariencias externas, aunque el interior fuera tan distinto. Esas apariencias fueron las de la monarquía católica, aunque esa monarquía fuera la de la matanza de frailes de 1834 y 1835 y la desamortización. Y digo apariencia porque el liberalismo que

se instaló en España, después de los intentos de Cádiz en 1810 y del Trienio de 1820, era la absoluta negación del orden social católico. Porque el liberalismo no es la monarquía parlamentaria y los partidos políticos, eso son accidentes, el liberalismo supone pura y simplemente que los pueblos dejen de regirse por la voluntad de Dios que es sustituida por la voluntad del hombre. Así, lisa y llanamente, sustituyendo la soberanía de Cristo por la soberanía popular, sin limitación alguna. Porque aún cabría un cambio político, la sustitución de las seculares monarquías católicas por unas monarquías parlamentarias católicas, con partidos políticos, con un sufragio más o menos extenso, o incluso universal, con voto censitario, masculino o masculino y femenino, que fueron las etapas que siguió el liberalismo.

Ese cambio, por fundamental que fuera, no sería más que un cambio político en cuestiones que Dios dejó al arbitrio de los hombres, cambio que podría gustar o disgustar a determinadas sensibilidades, que estaban legítimamente autorizadas a sostenerlo o atacarlo. No era eso el liberalismo, aunque también fuera eso. El liberalismo, en su sustancia, en su fundamento, suponía expulsar a Dios de la sociedad. Suponía que la ley era la voluntad del hombre aun contra la voluntad de Dios. La soberanía popular mientras respete la voluntad de Dios podrá ser defendida o impugnada según los argumentos que cada uno esgrima, ese orden social aun podría ser monarquía católica en España, la apostólica el Imperio Austro-húngaro, la cristianísima de Francia o la fidelísima de Portugal. Y sus reyes podrían ser más católicos que nuestro Carlos III, que José II, que Luis XV y que José I, cosa, por otra parte, no demasiado difícil, desde luego en el aspecto público e incluso en el personal, salvando tal vez al tercero de nuestros Carlos, que siempre se sintió fiel católico, pese a cargar sobre sus espaldas la inmensa responsabilidad de la extinción de la Compañía de Jesús.

Mas lo que quería ese nuevo orden, sobre todo en primer lugar, era expulsar a Dios y a su voluntad de la sociedad. Por eso el nuevo orden, o desorden, nacía en estado de pecado mortal y por eso era inaceptable para los católicos. Que los hombres decidieran quiénes deben ser jefes de gobierno o que éstos sean de

libre designación real, que un estado sea unitario o federal, que tenga colonias y las defienda o renuncie a ellas, que los impuestos sean mayores o menores, que el ejército sea profesional o no, que exista monarquía o república, que se varíe el código civil, el mercantil o el procesal, o incluso la misma constitución, puede hacerse con Dios, sin Dios y contra Dios. El liberalismo lo hizo contra Dios, ese fue el radical cambio. Por eso, sobre todo por eso, tuvo en contra a los católicos. Murió Fernando VII, rey del que no voy a hacer aquí el elogio o el ataque. Una niña de tres años recibió sobre su débil cuerpecito el peso inmenso de una monarquía multiseccular que todavía era una monarquía católica. Obvio es decir que la niña no sabía lo que era ser reina y lo que era ser católica, y esto último lo fue, aunque sus mentores en esas edades infantiles fueran Agustín Argüelles y Manuel José Quintana, es decir, lo peor de lo peor. A esa niña la hicieron bandera de lo que no sabía que era, como a su tío don Carlos, aunque él bien lo supiera, de lo contrario.

Y aquella copla del ciego que recogió Menéndez Pelayo: *Viva Cristo, muera Luzbel, muera don Carlos, viva Isabel*, encerraba toda la tragedia de una guerra que asoló España, que ha levantado la cabeza otras dos veces y, como el egregio santanderino sospechaba, no era quizá la postrera, porque en un año de gloria y de dolor cual el de 1936, volvió a surgir con más espanto y más gloria si cabe, por la instintiva reacción del sentimiento católico brutalmente escarnecido.

Hablaremos de esa guerra más tarde. Ahora lo que nos interesa resaltar es el verdadero meollo del asunto, es el muera Cristo, porque ese el pecado original del liberalismo. Y esa fue la única y verdadera razón de aquel sacudimiento trágico que conmovió las entrañas de España a fines de 1833. Entonces no existía TV y la mayoría de los españoles eran analfabetos. En el Maestrazgo y en Navarra, en el País Vasco y Cataluña, en Valencia y en Galicia apenas sabían unos pocos ilustrados quién era el rey de España y tampoco les importaba demasiado. Les bastaba saber que en Madrid estaba el rey de todos y que se preocupaba, o al menos ellos se lo creían, por todos. Pese a sus hambres y a sus miserias y su falta de casi todo. Pocos años hacía, apenas veinti-

cinco, que ese pueblo había escuchado el grito de que España estaba en peligro y todos acudieron presurosos a salvarla. Lo de menos es que lo dijera el alcalde de Móstoles o Juan Pérez Villamil por su boca, un fraile en el púlpito o un hidalgo semiarruinado en un pueblo desconocido.

La voz sacudió España entera, que se levantó en armas contra el invasor que quería despojar a nuestra nación de su rey y, según les decían, y no con escaso fundamento, de su religión. *Guerra, gritó ante el altar el sacerdote con ira, \ guerra repitió la lira con indómito cantar, \ guerra gritó al despertar el pueblo que al mundo aterra.* Estoy en Cataluña. Bien, sé que cuando los niños estudiaban historia eran inmortales Gerona y Zaragoza. Pero no quiero referirme a esas gestas heroicas, generalmente reconocidas. Fue todo un pueblo, el catalán, el que dio en aquellos larguísimos años un ejemplo de amor a España cual no lo dio región otra alguna de nuestra patria. Fronteriza con la Francia omnipresente, que cercaba en Cádiz al que parecía el último bastión de resistencia, alejadísima de los ejércitos de Wellington que alumbraban un albor de esperanza, aquella provincia admirable, aun dolida por los decretos de Felipe V, fue la más heroica, la más española de las regiones de España.

Galicia, tras el primer impulso invasor, pasó a ser intendencia y retaguardia, y Asturias también; Cádiz una isla en el mar imperial, la baja Extremadura conquista efímera, algunos rincones de Murcia y de la Andalucía oriental no llegarían a ser pisados por el francés y en Navarra estaba Mina, y en Castilla el Empeinado y el cura Merino, el Charro en Salamanca, y La Mancha ardía en rebeliones. Pero salvo el caso navarro, también fronterizo, las demás regiones distaban muchos kilómetros de las bases de aprovisionamiento y reclutamiento francesas. Cataluña no, estaba a un paso y ese paso fue sangriento e imposible, cada pueblo, cada catalán, fue un bastión contra el francés. Y las proclamas de esos pueblos, de esos catalanes que firmaban verdaderamente con su sangre, eran emocionantes testimonios de amor a España. Sabían, y lo decían, que su sacrificio, repetido día a día, era una ofrenda a la patria común de la que sentían hijos fidelísimos; su *Visca Espanya* no era un grito retórico, como el

que yo pueda dar hoy aquí. Lo rubricaron con su sangre y sus haciendas. Creo que Cataluña, la Cataluña españolísima, nunca fue más española que entonces. También lo había sido un siglo antes, Casanova y el Fossar de las Moreras son un testimonio muy español, pese a las tergiversaciones de hoy.

Pero el españolismo catalán de entonces, españolismo austríaco, se enfrentaba al españolismo borbónico de otras provincias de España. En los albores del siglo XIX, la sintonía fue perfecta y el sacrificio total. Bien sé que en días de nacionalismos espúreos y casi recién inventados, hay un sentimiento en el resto de España que atribuye a los catalanes mercantilismos fenicios y cultos al dios dinero que podrían reflejarse en el vulgarismo de *la pela es la pela* o en el más clásico de *Barcelona es bona si la bolsa sona*. No quiero hacer tesis de agradecimientos personales míos por impagables que sean, de Juan Vallet, del padre Alba y Sentmenat y de todo lo que eso significa, donde siempre me encontré como en mi casa; de unos inolvidables mosenes tarraconenses, Domenech, Ferrer, Robert y tantos más que entregaban a manos llenas todo lo que tenían, por poco que fuera; de la familia Argerich que tengo por casi mía, de los Marineros, Gomis, Fondevilas, Piñoles, Morenos y tantos más que harían interminable esta cita. Pero yo no soy una excepción, más bien la generosidad es la regla, la generosidad de Cataluña con España, que otro cambio político quiere hacer hoy olvidar, como si olvidarse pudiesen siglos de amor y de patria.

Triunfó al fin el liberalismo y el orden social feneció. Aunque, como os decía, las épocas moderadas quisieran mantener una apariencia del mismo. Aun no se había producido el cambio religioso. Los católicos de filas adoraban a Pío Nono, el Papa rey, y muchos todavía estaban dispuestos a morir por un rey católico. Los obispos formaban frente cerrado contra el liberalismo y enarbolaban la bandera del *Syllabus*.

¡Qué episcopado tuvimos en el siglo XIX! El sin par cardenal Quevedo, obispo de la humilde diócesis de Orense, el también cardenal Inguanzo, obispo de Zamora y de Toledo; Martínez Jiménez en Astorga y Zaragoza; Arias Teijeiro en Pamplona y Valencia; Vélez en Ceuta, Burgos y Santiago; Costa y Borrás en

Lérida, Barcelona y Tarragona, el cardenal Spínola, hoy beato, en Coria, Málaga y Sevilla, y muchísimos más. El cambio político no había arrastrado el cambio religioso. Aún en el siglo xx los obispos seguían siendo obispos como Dios manda.

Pero no bastaba con haber expulsado a Dios de la sociedad para recluirle en el interior de los templos. Aun allí se notaba demasiado su presencia, y esa presencia estorbaba. Y llegó un año, el de 1936, en el que el cambio político se despojó de su última careta para mostrar sin tapujos su rostro satánico. Y como a Dios no se le podía matar, se intentó hacerlo en sus obispos, en sus sacerdotes y religiosos, en sus monjas, en sus seminaristas y novicios, en sus seglares, en sus iglesias, en sus imágenes. La fotografía de unos milicianos fusilando al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles es la fotografía de ese cambio político que había llegado a su último estadio.

Y, con el Corazón de Cristo, se fusiló a trece obispos, o doce y un administrador apostólico, a casi siete mil sacerdotes y religiosos, a casi trescientas monjas y a miles de seglares que tenían como único pecado el creer en Dios y el amar a España. Y una vez más la España católica se alzó contra ese cambio político, en anhelos de un orden social católico. Y en esta ocasión Dios Nuestro Señor, tal vez conmovido por tanta sangre como se le ofrecía, nos dio la victoria.

El después son hechos recientes que ya todos conocéis. Pero al cambio político siguió en esta ocasión el cambio religioso. O incluso se anticipó a él y clérigos malnacidos quisieron pedir perdón por la gloria y el martirio, por haber llenado el cielo de santos. La constitución que hoy nos rige es una constitución sin Dios y apenas hubo nueve obispos de España que se atrevieron a señalar ese pecado contra Dios. Podrán gustar más o menos las autonomías y la ley d'Hont, los partidos políticos o la monarquía; no era eso contra lo que protestaba esa mínima fracción del episcopado, apenas un diez por ciento del mismo. Todo eso puede ser asumido por un católico con gozo o con la mano en la nariz. Contra lo que esos obispos protestaban era contra la expulsión de Dios en España. Los demás callaron como Pedro, o negaron como Pedro, y no se oyó cantar el gallo en esa noche triste de la

patria. Acaba de morir casi el último de aquellos obispos precisamente aquí, en Barcelona, en Sentmenat, con el corazón roto de amor a la Iglesia y de amor a España. Desde aquí quiero rendir un testimonio de gratitud y veneración a la egregia figura de aquel obispo de España que fue José Guerra Campos.

El cambio político y el cambio religioso, la España del divorcio y el aborto, de la pornografía y el asesinato, de los obispos mudos, de los seminarios vacíos, de la fe cobarde. Ante todo ello no podemos ser inmovilistas, somos nosotros ahora los partidarios del cambio, del cambio de España y de la religión en España. Cambio, porque lo que hay no es bueno y, por tanto, no es lo que quiere Dios, y cambios también porque los imponen las nuevas circunstancias. No es lo mismo actuar desde un orden social católico, por imperfecciones que pueda tener, que desde un desorden social anticatólico. Algún ejemplo lo pondrá en evidencia. Nuestros mayores postulaban la unión sin confusión o la distinción sin separación de la Iglesia y el Estado. León XIII, en alguna de sus inmortales encíclicas, aludía a la unión entre el cuerpo y el alma como comparación respecto a las dos sociedades: la Iglesia y el Estado. Pero eso sólo puede darse dentro de un orden social católico.

¿Cabe la Iglesia unida a un gobierno socialista o comunista o incluso liberal? ¿Bendiciendo el divorcio o el aborto o los matrimonios homosexuales o la simple homosexualidad? ¿La célebre apología del altar y del trono del capuchino Vélez, cabría escribirla hoy católicamente del altar y del gobierno español? El hecho del patronato con la consiguiente presentación de obispos que la Iglesia concedió a los monarcas españoles, ¿cabría que la ejercieran Alfonso Guerra o Felipe González? ¿Cabe hoy imponer, no digo que procurar, que esto claro que cabe, la unidad católica en nuestra patria? Múltiples veces los Pontífices y los obispos clamaron contra la libertad de enseñanza que entonces se pretendía para enseñar el error. ¿No debemos hoy reclamarla para que se pueda enseñar la verdad? ¿No debemos hoy exigir a nuestros padres en la fe, los obispos, que durante casi dos siglos arrojaron destierros, prisiones y hasta la misma muerte por defender la religión, que recuperen parte, al menos, del valor de sus antecesores?

Véis que el cambio ha sido radical. Desde ese cambio hoy debemos procurar el cambio para que nuestra España vuelva a ser la nación de Cristo y de María que nunca debió dejar de ser y si aun tal cosa hubiera ocurrido tras la derrota de las huestes católicas y con la protesta de obispos, sacerdotes y fieles, podríamos sufrirlo con la resignación del deber cumplido y con la seguridad de que en el Cielo mereceríamos el abrazo amoroso del Señor.

Pero todo se entregó cobarde y villanamente como Judas entregó a Cristo en el huerto de Getsemaní o como el conde don Julián, que era un político, y don Opas, que era un obispo, entregaron España a la morisma. Cambiemos a los Julianes y a los Opas por Pelayos y Cisneros y reconquistemos para España un orden social católico.

No soy yo, que nada valgo, quien a ello os convoca, es Cristo Nuestro Señor y María su Santísima Madre quienes os llaman a ese combate en la seguridad de que si a él acudís con la fe y el valor de nuestros mayores, se renovarán Covadongas y Granadas. Mas si seguís sin pulso, olvidados de Dios y de España, no mereceréis más que Guadaletes y Paracuellos y el día de vuestra muerte el olvido de Dios.